

Jean Monnet: *Memoires*

Fayard, octubre de 1976

En los primeros capítulos de sus memorias relata don Salvador de Madariaga sus experiencias en el seno de la antigua Sociedad de las Naciones, la Liga, que fue la gran esperanza y luego la gran desilusión de quienes abrazaron con mística verdadera la gran idea del presidente Wilson. Insistentemente, habla en esas páginas Madariaga del papel que jugó en la formación del nuevo organismo el entonces joven pero ya experimentado Jean Monnet. Por lo general, el memorialista español no es muy benévolo al juzgar a los hombres y no pocas veces destruye con su sombra española la imagen convencional que sobre muchos personajes nos formamos los miembros de mi generación. Pero a Monnet le rinde un homenaje sin restricciones. Lo vio trabajar de cerca, supo apreciar su carácter y sus métodos. Lo que acerca de ello dice se me vino a la cabeza cuando comencé a leer en Bélgica las propias *Memoires* de Jean Monnet, que Fayard lanzó a la circulación hace apenas dos meses largos.

Quizá este largo libro (un poco más de 600 páginas) resulte un poco árido para el grueso público. Tiene, en cambio, un inmenso interés para quienes, de una manera u otra, así haya sido en un plano modesto, hemos participado en las tareas de organización internacional y soñado con que, algún día, se aceptará por todos los países un orden jurídico superior y el común interés de la especie se sobrepondrá a los egoísmos ancestrales y a las ambiciones de predominio. Lo tiene sin duda, también, para quienes hemos trabajado desde altos cargos gubernamentales con la responsabilidad de escoger metas y la de procurar que trabajen juntos para alcanzarlas, individuos de muy diferentes caracteres o de encontradas aspiraciones a los cuales es necesario comunicar un espíritu de equipo y un hondo sentimiento de la común responsabilidad. Porque la descripción detallada que de sus experiencias personales nos da Monnet lleva a reflexionar sobre los métodos de organización, la conducción de los hombres, la constancia frente a las dificultades y ante todo, sobre cómo saber concentrarse en los objetivos verdaderamente vitales y cómo unir a los hombres que pueden influir en el éxito de la tarea y tienen poder para tomar decisiones.

Desde un punto de vista más general, y como lo anota el editorialista de *Europe*, la riqueza del libro reside esencialmente “en el mensaje de esperanza que trae a los hombres de buena voluntad, sobre todo a los jóvenes. A los ochenta y ocho años Monnet, el infatigable trabajador, no ha caído en el escepticismo y mantiene una visión grandiosa del posible futuro de la humanidad. Hay que confiar en el porvenir, escribe, en que “como nuestras provincias de ayer, nuestros pueblos aprendan a vivir juntos bajo reglas e instituciones comunes, si quieren alcanzar las dimensiones necesarias para su progreso y ser dueños de su destino. Las naciones soberanas del pasado no son ya el cuadro en que se pueden resolver los problemas del presente, y la Comunidad Europea misma no es más que una etapa hacia las formas de organización del mundo del mañana”. Recomendando que mediten sobre esta sabia lección las personas que con tanta facilidad, apenas surgen las primeras dificultades, reniegan contra el Grupo Andino o desconfían de su futuro.

Las *Memoires* han sido recibidas por la prensa europea con admiración y respeto. Se conoce ya en Colombia lo que acerca de ellas dijo *L'Express*; el director de *Europe* les consagró cuatro editoriales sucesivos, y *30 Tours D'Europe*, muchas páginas en su edición de septiembre. Una acogida semejante les han dado los cotidianos y semanarios más serios del viejo continente. Se aplaude al libro, pero sobre todo al hombre y a los ideales que él ha encarnado de manera más complet; que cualquier otro de los actores en el escenario de la política internacional

contemporánea.

Un retrato de Monnet

Vuelvo sobre el libro de Madariaga para resumir lo que nos dice acerca del papel de Monnet en la Liga y para transcribir el retrato que de él trazó con ágil pluma.

En concepto de don Salvador, cuatro hombres fueron los creadores de la Sociedad de las Naciones, de la Oficina Internacional del Trabajo y, por consiguiente, del servicio civil internacional; dos ingleses, sir Eric Drummond y Harold Butler; dos franceses, Albert Thomas y Jean Monnet. Las simpatías de Madariaga van más a Thomas y Monnet. De este dice: “Todo en Monnet sugería la precisión y el orden de un instrumento bien a punto. Pequeño de cuerpo pero de perfectas proporciones, Monnet parece guardar en todo momento ese equilibrio físico moral que los ingleses expresan con un vocablo admirable: *poise*; especie de dominio sobre sí y sobre los demás, envuelto en cierta reserva y, sin embargo, abierto a todo lo que es, está y sucede. Sus ojos, muy grandes, único rasgo desproporcionado en tan armónico conjunto, ventanas abiertas sobre la realidad, se velan a veces de una como niebla de ensueño; porque en Jean Monnet vive esa sustancia poética sin la que el hombre público se queda en mero político, sin lograr la talla de estadista. Así es, pues, realizador, pero también creador. Albert Thomas era un hombre del pueblo. Jean Monnet es un burgués, y quedará en la historia de Francia como un modelo de lo que la burguesía de Francia ha dado al mundo: inteligencia positiva, acción desinteresada, integridad, sentido del servicio público y responsabilidad. Más cosmopolita que Albert Thomas, abierto y cordial para con el mundo anglosajón, Jean Monnet era en Ginebra tan internacional como Albert Thomas, menos fogoso, pero quizá más consciente de los obstáculos que habría que vencer, tan tenaz como su compatriota, pero quizá más hábil”.

Después de leer las *Memoires* de Monnet no le queda a uno duda acerca de la fidelidad de este retrato trazado por quien lo conoció de cerca y, sin duda, siguió después con cuidado sus formidables empresas de organizador internacional. La misma fe en un ideal, que colocan por encima de los egoísmos nacionales, une, además, espiritualmente a los dos hombres.

La dramática propuesta de la unión franco-británica

Ha sido en verdad un acierto de Monnet el haber roto el orden cronológico para comenzar su libro con el relato de los sucesos de junio de 1940, cuando, en plena derrota del Ejército francés, un pequeño grupo de hombres se atrevió a proponer al gobierno británico y obtuvo de este que planteara al de Francia el proyecto de una declaratoria de unión indisoluble, con la fusión de los dos gobiernos y de los recursos de los dos imperios, para resistir; aprovechar los inmensos recursos de los Estados Unidos y lograr finalmente la victoria sobre el nazismo. En la concepción y gestión de esa propuesta jugó Monnet el papel principal, al lado de hombres como Pleven, Vansittart, Morton y Salter. Ni Churchill ni De Gaulle creyeron en la viabilidad de esa unión; pero la aceptaron como un recurso desesperado que debía galvanizar las energías y la capacidad de resistencia de las dos naciones y, sobre todo, impedir que los derrotistas se apoderaran de la conducción de Francia y celebraran una paz separada en condiciones que podrían llegar a ser no solo contrarias al honor francés sino también grandemente peligrosas para su aliada. Bien sabido es cómo la renuncia de Paul Reynaud, un hombre inteligente 535 pero voluble e indiscutiblemente inferior al momento

histórico que le correspondió vivir; el nombramiento de Petain y la imposición de los colaboracionistas frustraron el plan de una resistencia coordinada que, sin duda, habría hecho más ardua para los alemanes la ocupación y la explotación de los recursos de Francia.

Tal resistencia quedaría en manos de De Gaulle, quien comprendió desde muy pronto hacia dónde se inclinaba el gobierno francés refugiado, en Burdeos. La conducta de Monnet en esos días muestra bien su personalidad, su decisión, su tendencia a trabajar en un plano supranacional, al cual llegó sin esfuerzo, porque tenía siempre presente el objetivo final, el interés común que se necesitaba salvar. Hay en ese primer capítulo frases que se prenden a la memoria: “En esta primavera de 1940 la historia caminaba a la velocidad de los tanques”; “era evidente que la coalición no tenía alma”, “sobre el texto inglés de la nota titulada Anglo French Unity yo hice una corrección: ‘París may fall at once’, que se volvió París has fallen... En unos pocos instantes, parte de la historia de Francia se escribía en pasado y era urgente construir un porvenir distinto”. Más adelante: “Se puede pensar ahora que yo era muy optimista y, sin embargo, ese no es un rasgo de mi carácter. Tan solo soy resuelto. ¿Se puede decir, por ejemplo, que una acción necesaria es imposible antes de haberla ensayado? Es el sentimiento que yo expresé esa noche a Churchill. Puede —le dije— que Petain esté instalado en el poder pero nada está nunca perdido, salvo cuando se está muerto”. Al salir yo, encontré a León Rlum que cayó en mis brazos. “Qué catástrofe”, me dijo llorando. “No hay más catástrofe, le —respondí—, que el abandono de sí mismo”. Estas frases, tomadas al azar, apenas dan una débil idea del inmenso interés de cada uno de los episodios que Monnet evoca sobria y fielmente en el primer capítulo de su libro.

El hombre de Cognac

Las *Memorias* de Monnet arrojan luz sobre muchos trozos de la historia contemporánea: la nada fácil organización del entendimiento franco-británico durante la Primera Guerra Mundial; el esfuerzo para el aprovisionamiento y rehabilitación después del mismo conflicto; la creación de la Sociedad de las Naciones, “comienzo de una esperanza”, como la denomina el autor; las dificultades para formar una conciencia acerca del interés común; la acción solidaria para salvar Austria en 1921; los antecedentes de la Segunda Guerra; las gestiones adelantadas ante Roosevelt para convertir a los Estados Unidos en el arsenal de las democracias; la organización de la resistencia después de la derrota de Francia; lo que el autor titula “el Programa para la Victoria”; la unión de los franceses en la guerra; el retorno a la paz; el reconocimiento del gobierno provisorio; la modernización de Francia y la creación del Consejo del Plan; el Plan Marsha- 11; la resurrección de Alemania; la conferencia del llamado Plan Schuman, en realidad un plan de Monnet; la reconciliación francoalemana; los perturbadores momentos de la guerra de Corea; el nacimiento de la OTAN y de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero; la formación del Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa; el Euratom y el Mercado Común, etc. A todo eso está estrechamente ligada la vida y la actividad de Jean Monnet y al repasar su papel en cada uno de esos grandes momentos uno se asombra de la fecundidad de su acción, y sobre todo de la manera como la adelantó siempre, con serenidad, con resolución, investigando qué resortes debía tocar y quiénes tenían el poder de dar vida a los planes concebidos o perfeccionados.

Concede Monnet, y creo que con razón, una gran importancia como influjo sobre su carácter y su criterio al ambiente donde nació y pasó su infancia y primera juventud Cognac es una ciudad “abierta sobre 9 mundo”, constantemente visitada por gentes de muy diversas

nacionalidades que se sentaban a la mesa del padre. Había una corriente ininterrumpida de hombres y de ideas y se creaban vinculaciones personales que humanizaban singularmente el comercio. “Me familiaricé, -dice el autor- con los relatos que nuestros huéspedes, llegados de lejos, hacían de sus países y de sus viajes, y adquirí el hábito de considerar indistintamente sus problemas a los que nos planteaban a nosotros... A la mesa se hablaba indiscriminadamente de los problemas mundiales como otros hablaban de los municipales, pero lo hacíamos sin afectación sin tener conciencia de que nos sobreponíamos al espíritu de campanario. Sabíamos que dependíamos de la prosperidad y de los gustos que se desarrollaban en el mundo entero”.

Hay un párrafo que nos permite apreciar bien la singular personalidad de Monnet: “Yo no estaba bien preparado sino para una cosa: para hacer con aplicación lo que con evidencia se imponía... No tengo el recuerdo de haber soñado en grandes empresas, y tal vez fue en esa edad, cuando se descubren las verdaderas vocaciones, que yo comprendí que era vano decir: voy a hacer esto o esto otro. Las cosas pasaban de manera distinta; al menos para mí... han sido enseguida las circunstancias que dominaban en cada momento las que han sugerido o dado los medios. Sé esperar largamente las circunstancias. En Cognac se sabe esperar; es la sola manera de hacer un buen producto. Esta paciencia ciertamente es una costumbre que adquirí en medio de mi infancia, que era un medio reflexivo y serio, marcado tal vez por cierto puritanismo anglosajón. Aprendí a escuchar y a pesar mis palabras. A aquel medio debo también el haber tenido aperturas sobre un mundo que los jóvenes franceses de mi generación no tuvieron. . . A los dieciséis años ya era un viajero. . . Las gentes de Cognac no eran nacionalistas, en una época en que Francia lo era. No puedo decir que esto haya tenido influjo sobre la acción que más tarde adelanté para Europa porque entonces no pensaba absolutamente en eso y nada en mi juventud me dio la idea de que debía ocuparme de los problemas internacionales. Pero, sin duda, existían ya las condiciones que un día enseñaría a hacer lo que me pareció necesario para poner a trabajar, juntos, a hombres separados por obstáculos artificiales. Jamás hice diferencia entre los hombres; jamás conocí problemas derivados de los cuadros dentro de los cuales me tocó trabajar... En mis relaciones con otros pueblos jamás he tenido que hacer esfuerzos para vencer reflejos nacionalistas que nunca adquirí”.

Cuando Monnet partió para su primer viaje largo, a Winnipeg, su padre le dijo algo muy característico; “No lles libros contigo. Nadie puede reflexionar por ti. Mira por la ventana, habla a las gentes, presta atención a quien tengas a tu lado”.

Así obró Monnet, prestando siempre atención a los hombres y a las cosas, al mundo nuevo en expansión y a los propietarios de Cognac apegados a sus viñas. Hablando de los Estados Unidos, nos dice: “Por primera vez encontré un pueblo cuya preocupación no era manejar lo existente sino desarrollarlo sin tregua. No se pensaba en los límites, no se sabía dónde estaba la frontera... En ese medio en constante movimiento aprendí que era necesario desembarazarse de las viejas desconfianzas atávicas que nos dan tantas preocupaciones inútiles y hacen perder tanto tiempo. Descubrí una nueva manera de pensar; la iniciativa de cada uno puede ser aceptada como una contribución al bienestar general... Los Estados Unidos tenían el dinamismo de los pioneros del oeste, pero además la organización. Organizar el cambio: yo comprendí que eso era necesario y posible”.

Es lástima que las limitaciones de espacio me impidan extenderme en la reseña de un libro que recoge tan preciosas experiencias y contiene tantas lecciones-, que alumbrá muchos episodios de la historia y traza rutas a la humanidad, con una fe que no desmaya. Ojalá su lectura se difunda ampliamente entre nuestras clases rectoras.

“Nueva Frontera”. 25 de noviembre de 1976